

¿Por qué maltratamos tanto a los animales?

Un modelo para la masacre de personas en los campos de exterminio nazis

Charles Patterson



editorial
MILENIO

¿POR QUÉ MALTRATAMOS TANTO A LOS ANIMALES?

Un modelo para la masacre de personas
en los campos de exterminio nazis

ENSAYO ❁ MILENIO

34

CHARLES PATTERSON

¿Por qué maltratamos tanto a los animales?

Un modelo para la masacre de personas
en los campos de exterminio nazis



Traducción de RAMON SALA

Editorial
MILENIO
LLEIDA, 2009

Título de la edición original en inglés:
Eternal Treblinka: Our treatment of Animals and the Holocaust
Copyright © Charles Patterson, 2002

© de la traducción: Ramon Sala Gili, 2008
© de esta edición: Editorial Milenio, 2009
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com

Primera edición digital (pdf): noviembre de 2009
Esta edición corresponde los contenidos de la primera edición en formato papel,
de septiembre de 2008

La fotografía de la cubierta muestra un soldado alemán llevándose ocas vivas durante la Segunda Guerra Mundial. Esta foto está expuesta en el Museo Estatal de la Gran Guerra Patria de Minsk, en Belorrusia.

ISBN: 978-84-9743-312-9

Made in Spain

A la memoria de Isaac Bashevis Singer (1904-1991)

“En su interior, Herman pronunció una elegía por la rata que compartió una parte de su vida y que, por su culpa, había dejado este mundo. “¿Qué sabrán ellos, todos esos eruditos, todos esos filósofos, todos los líderes del mundo, sobre alguien como tú?” Se han convencido a ellos mismos de que el hombre, el peor transgresor de todas las especies, es el rey de la creación.

Todas las demás criaturas fueron creadas únicamente para proporcionarle alimento y vestido, para ser atormentadas y exterminadas a su antojo. En lo que a ellas se refiere, todos los humanos son nazis; para los animales, la vida es un Treblinka sin fin.”

Isaac Bashevis Singer.
The Letter Writer
(*El escritor de cartas*).

ÍNDICE

Prólogo.....	11
Prefacio	15

I

UNA DEBACLE FUNDAMENTAL

1. La gran divisoria.....	21
2. Lobos, simios, ratas, bichos.....	57

II

ESPECIE SEÑORA, RAZA REINA

3. La industrialización de la matanza	93
4. Mejorar la manada.....	131
5. Sin el homenaje de una lágrima	169

III

ECOS DEL HOLOCAUSTO

6. Nosotros también éramos así.....	211
7. Ese matadero sin límites.....	247
8. La otra cara del Holocausto.....	289

Epílogo.....	325
Bibliografía.....	327
Agradecimientos	341

PRÓLOGO

En *Eternal Treblinka: Our treatment of Animals and the Holocaust (¿Por qué maltratamos tanto a los animales?)*, con un detalle hasta ahora nunca visto, no sólo se nos muestran las raíces comunes del genocidio nazi y de la esclavización y exterminio de los animales no humanos llevados a cabo por la sociedad moderna, sino que, por primera vez, se nos presenta claramente la extremadamente desazonadora relación entre la explotación animal en Estados Unidos y la Solución Final hitleriana. Charles Patterson nos recuerda que los sistemas que se utilizaron por primera vez en los mataderos industriales, una invención típicamente americana que sirvió de modelo para el exterminio de seres humanos durante el Holocausto nazi, continúan aplicándose en la actualidad.

Sin embargo, *¿Por qué maltratamos tanto a los animales?* no se limita a eso. Al explorar el racismo latente en las corrientes dominantes de la cultura estadounidense que Hitler frecuentemente consideró ejemplar, el libro ilustra el apoyo de Estados Unidos a la eugenesia humana y la esterilización forzosa, y el papel que los partidarios de ello tuvieron en la

materialización de la Solución Final. Es un examen de conciencia largo tiempo esperado, por cuanto sin él la cultura occidental no es probable que revise algún día los valores que la convierten en la civilización más explotadora de los animales que ha existido jamás.

Aunque el mensaje que nos trae *¿Por qué maltratamos tanto a los animales?* es profundamente perturbador, el libro nos da esperanzas. En la segunda parte se nos describe con detalle cómo la experiencia del Holocausto, en tanto víctimas o verdugos, llevó a unos cuantos seres humanos a convertirse en defensores de los derechos de los animales. Si del sufrimiento puede acabar saliendo algo bueno, entonces la labor de aquellos cuyo recuerdo del sufrimiento les ha impulsado a intentar aliviar el de los demás, es precisamente ese algo.

Mis padres fueron un ejemplo de personas en las que su propia experiencia del dolor no pudo sofocar su impulso por aliviar el dolor de los demás. Ambos adoraban a los animales y simpatizaban profundamente con su apremiante situación. Mi padre era un apasionado por los caballos. Dentro de su atípica carrera militar, llegó a un punto en que no podía soportar obligar a un caballo a acarrear el peso de un humano; así llegaron a su fin sus días como jinete. Mi madre, quien incluso en la actualidad se tiene que detener para interesarse por cada uno de los perros con que se cruza en las concurridas aceras de Manhattan, tenía intereses más variados. Cuando en Queens aún se podía encontrar una pequeña y peluda fauna o respetables colonias de insectos, regularmente venía a interrumpir lo que mis hermanas y yo pudiésemos estar haciendo, para llevarnos a que contemplásemos alguna nueva e increíble hazaña de alguna ardilla o una lombriz. Y, no obstante, siempre nos negó el permiso para tener algún animal de compañía; incluso si a nuestros vecinos, con padres menos interesados en la vida animal, nunca les faltó un perro o gato en la casa.

La explicación que se nos dio fue la de que no era sabio encariñarse con una criatura que finalmente iba a morir o ser

sacrificada. Mis padres tuvieron siempre cuidado de que no nos pusiéramos innecesariamente en situaciones donde fuésemos a experimentar dolor y quebranto. No pude comprender sino más adelante cómo la indescriptible magnitud de sus propias pérdidas durante la época nazi instiló en ellos ese excesivo proteccionismo. Un día me enteré de que mi padre había tenido dos hijas con su primera esposa, a las que ejecutaron delante de él antes de que le deportaran al primero de los siete campos de concentración en que estuvo, entre ellos Auschwitz. Mi madre, una adolescente recién casada, en 1944 fue separada de su familia de Budapest y transportada a un campo de trabajos forzados, donde sobrevivió gracias a que su habilidad con la aguja la hizo indispensable para reparar los uniformes y parafernalia de las SS. Esas dos desarraigadas y casi extinguidas almas se encontraron en un campamento para personas desplazadas de Salzburgo y pronto se casaron, como hicieron tantos otros supervivientes que de algún modo reunieron los ánimos para empezar a vivir de nuevo.

Aunque mis padres desearon para nosotros una vida sin preocupaciones, fue inevitable que nuestra empatía con su sufrimiento nos impulsara a intentar aliviar a los oprimidos. Llegué a un punto en que comprendí que la opresión de los no humanos de la Tierra hace palidecer la ordalía que sufrieron mis padres; ese día me convertí en defensor de los animales. En aquella época eran pocos los abogados que podían ganarse la vida trabajando para el movimiento por los derechos de los animales; sin embargo, yo tuve la suerte durante años de ejercer una pasantía como ayudante de investigación para People for the Ethical Treatment of Animals. Ahora, en el momento en que inicio mi carrera dentro de la administración del estado, la penosa situación de los animales continuará guiando mi manera de proceder.

Mientras trabajé en la liberación de los animales, encontré siempre una fuente de inspiración en las obras de Isaac Bashevis Singer. *¿Por qué maltratamos tanto a los animales?* es el primer trabajo de su tipo que describe con minucioso detalle la enorme contribución de ese genio de las letras;

para mí y para muchos, el más compasivo defensor de los animales de la literatura moderna.

Todos aquellos a quienes no amedrente comprender que el sufrimiento que los humanos hemos ocasionado sin cesar a los animales es una y la misma cosa que el sufrimiento que los humanos nos infligimos unos a otros, deben leer y releer este libro.

Lucy Rosen Kaplan, Esq.
Baltimore, EE UU.

PREFACIO

Mientras seguía estudios de postgrado en la Universidad de Columbia hice amistad con una judía alemana refugiada, traumatizada por la experiencia de los seis años que pasó viviendo bajo el poder nazi. Su historia me conmocionó e hizo que me documentase para conocer más detalles de aquella época. Hubo dos personas que me ayudaron mucho a hacerlo: Yuri Suhl, autor de *They Fought Back: The Story of the Jewish Resistance in Nazi Europe* (Se defendieron: Historia de la resistencia judía en la Europa nazi), y Lucjan Dobroszycki, del YIVO Institute of Jewish Research, editor de *The Chronicle of the Lodz Ghetto, 1941-1944*.

Más adelante, convertido ya en profesor de Historia, al buscar sin éxito un libro sobre el Holocausto que pudiese recomendar a mis estudiantes, escribí *Anti-Semitism: The Road to the Holocaust and Beyond* (Antisemitismo: el camino hacia el Holocausto y más allá). El verano después de que fuese publicado fui al Instituto para la Enseñanza del Holocausto del Yad Vashem de Jerusalén. Allí fui instruido por Yehuda Bauer, David Bankier, Robert Wistrich y otros investigadores.

Cuando regresé a Estados Unidos empecé a escribir reseñas de libros para *Martyrdom and Resistance* (Martirio y resistencia), una publicación quincenal de la Internacional Society for Yad Vashem.

Mi toma de conciencia sobre el modo en que nuestra sociedad explota y aniquila a los animales es algo más reciente. Logré atravesar la infancia y la mayor parte de mi vida adulta siendo inconsciente del grado en que nuestra sociedad se basa en la violencia institucionalizada contra los animales. Durante mucho tiempo jamás se me ocurrió poner en tela de juicio esa práctica y la actitud que subyace tras ella. El malogrado activista del sida y de los derechos animales Steven Simmons la describió así: “Los animales son las víctimas inocentes del concepto de que hay vidas más valiosas que otras, que los poderosos tienen el derecho de explotar a los débiles, y que los desposeídos deben ser sacrificados por el bien general.” Una vez caí en la cuenta de que ésta era la misma actitud que provocó el Holocausto, empecé a vislumbrar las conexiones que forman el entramado del presente libro.

Lo dedico al gran escritor yiddish Isaac Bashevis Singer (1904-1991), quien fue el primero en estudiar la manera “nazi” con la que tratamos a los animales. Las primeras dos partes del libro (capítulos 1-5) sirven para presentar la perspectiva histórica, en tanto que la última parte (capítulos 6-8) describe a personas, judías y no judías alemanas, cuya labor defensora de los animales quedó moldeada en diversos grados por el Holocausto.

Ese convencimiento de Albert Camus de que “es responsabilidad del escritor hablar por aquellos que no pueden hacerlo” me ayudó a perseverar en la escritura de este libro. Y cuando me parecía que no iba a encontrar a un editor con el valor de publicarlo (algunos me dijeron que el libro era “demasiado fuerte”), encontré consuelo en Kafka: “Creo que únicamente deberíamos leer libros que nos muerdan o piquen. Si el libro que tenemos en las manos no nos despierta como lo haría un garrotazo en la cabeza, ¿por qué molestarse en

leerlo? ¿Para que nos haga felices? ¡Santo cielo, si seríamos igual de felices si no tuviéramos libros!... Un libro debe ser el hacha para romper el hielo de nuestro mar interior.”

Si el debate sobre la explotación y masacre de los animales se convierte, como el debate decimonónico sobre la esclavitud en América, en un tema tan candente como sospecho que será, quiero tener la esperanza de que este libro habrá contribuido a ello.

I

UNA DEBACLE FUNDAMENTAL

La verdadera bondad humana, en toda su pureza y libertad, sólo puede aflorar cuando su destinatario carece de poder. La verdadera prueba moral de la humanidad, la prueba fundamental (que permanece profundamente sepultada a la vista), consiste en su actitud con quienes están a merced suya: los animales. Y en este terreno la humanidad ha sufrido un debacle fundamental, tan fundamental que todos los demás provienen de él.

*Milan KUNDERA,
La insoportable levedad del ser*

Estamos en guerra con las demás criaturas de esta tierra desde aquel momento en que el primer cazador humano provisto de una lanza se internó en el bosque primario. El imperialismo humano ha esclavizado, oprimido, mutilado y masacrado a las poblaciones animales. Todo nuestro alrededor está poblado por los campos de esclavitud que hemos construido para las criaturas semejantes a nosotros, granjas industriales y laboratorios de vivisección, Dachaus y Buchenwalds para las especies dominadas. Masacramos animales para nuestra alimentación, les forzamos a realizar trucos estúpidos para divertirnos, les disparamos y les hacemos tragar anzuelos en

*nombre del deporte. Hemos destrozado las zonas salvajes donde
tuvieron su hábitat. El especismo es algo más profundamente atrin-
cherado en nosotros que el sexismo, y esto ya es decir.*

*Ron LEE
fundador del Frente de Liberación de los Animales*

LA GRAN DIVISORIA

Supremacía humana y la explotación de los animales

Sigmund Freud puso en perspectiva la cuestión de la supremacía humana cuando escribió en 1917 que “en el curso de su desarrollo hacia la cultura el hombre adquirió una posición de dominio sobre el resto de las criaturas del reino animal. No obstante, no contento con esa supremacía, empezó a cavar un foso entre su naturaleza y la de aquellos. Les denegó la posesión del raciocinio, se atribuyó a sí mismo la posesión de un alma inmortal y se atribuyó un origen divino que le permitió aniquilar el lazo comunitario entre él y el reino animal.”¹ El dominio sobre los demás habitantes de la tierra que el hombre se autootorgó fue denominado por Freud “megalomanía humana”.²

Varios siglos antes, el escritor francés Michel Montaigne (1533-1592) había expresado pensamientos similares sobre

1. Sigmund FREUD, “Una dificultad del psicoanálisis” (1917) en *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, James Strachey, trad. (Londres, Hogarth Press, 1955), Vol. XVII, 140.

2. FREUD, “La fijación al trauma. Lo inconsciente” en Conferencias de introducción al psicoanálisis, parte III (1916-1917), conferencia XVII, Complete Works, vol. XVI, 285.

“las excesivas prerrogativas que el hombre supone que tiene sobre las demás existencias.” Él creía que “la afección natural y original” del hombre era la presunción. “La más calamitosa y frágil entre todas las criaturas es el hombre, y no obstante es la más arrogante... ¿Se puede imaginar algo más ridículo que esa patética y miserable criatura que, no siendo siquiera dueña de sí misma, se autoproclama ama y señora del universo?”³ Montaigne llegó a la conclusión de que “es evidente de que no es por un razonamiento verdadero sino por un insensato orgullo y testarudez que nos erigimos en superiores a los animales y nos colocamos aparte de su condición y cofradía.”⁴

En este capítulo trataremos de la aparición de la gran divisoria entre el hombre y los animales y la actitud de “la fuerza da la razón” que el hombre adopta hacia los demás seres; lo que Montaigne denominó arrogancia humana y Freud, megalomanía humana.

El gran salto adelante

La irrupción del hombre como especie dominante es un acontecimiento muy reciente. Carl Sagan escribió que si comprimiéramos los quince mil millones de años que tiene el universo en el espacio de un solo año, el sistema solar no aparecería hasta el 9 de septiembre, la Tierra se condensaría a partir de la materia estelar el 14 y la vida terrestre aparecería el 25. Los dinosaurios nacerían en Nochebuena y se extinguirían cuatro días después. Los primeros mamíferos harían acto de presencia el 26 de diciembre, los primeros primates, el 29; para conocer a los primeros homínidos (los primates bípedos ancestros nuestros) habría que esperar al 30. Los humanos modernos (*homo sapiens*) no hacen acto de presencia hasta las 22:30 de la Nochevieja y toda la his-

3. Citado en Colin SPENCER, *The Heretic's Feast: A History of Vegetarianism* (Londres, Fourth Estate, 1990), 189.

4. Citado en Matt CARTMILL, *A View to a Death in the Morning: Hunting and Nature Through History* (Cambridge, Ma., Harvard University Press, 1993), 88.

toria humana se puede contar en los diez últimos segundos del año.⁵

Los paleontólogos Richard Leakey y Roger Lewin nos dan otra perspectiva del tiempo cuando piden a los lectores de *Nuestros orígenes* (Ed. Crítica, Barcelona 1996) que piensen en la historia del mundo como si fuera un libro de mil páginas. Si en cada página se cubren cuatro millones y medio de años, les tomará 750 llegar al principio de la vida en el mar. Los homínidos no aparecerán sino en las tres últimas páginas y la primera mención a las herramientas de piedra la encontrarán media página antes del punto final. La historia del *homo sapiens* vendrá contada en la última frase del libro; desde las pinturas rupestres a la era de la informática pasando por el Holocausto, todo cabrá en la última palabra.⁶

Según Carl Sagan y Ann Druyan, hay varias características que caracterizan nuestra situación como especie dominante: “nuestra ubicuidad, la subyugación (eufemísticamente denominada “domesticación”) de muchos animales, la expropiación de una gran parte de la productividad fotosintética del planeta, nuestra alteración del medio ambiente de la superficie del globo.”⁷ Se preguntan cómo “una especie de primates, desnudos, enclenques y vulnerables, pudieron subordinar a todas las demás especies y convertir este mundo, y otros, en un dominio suyo”.⁸ Edgard O. Wilson, un profesor de Harvard, dice que nuestra irrupción como la especie dominante no puede considerarse como un acontecimiento afortunado para el planeta. “Muchos científicos creen que el hecho de que quien lo consiguiera fuese un primate carnívoro y no otro animal más benigno, fue una desgracia para la vida en el planeta.”⁹

5 Carl SAGAN, *Los dragones del edén: especulaciones sobre la evolución de la inteligencia humana* (Barcelona, Editorial Crítica, 2006), 13-17.

6 Richard E. Leakey y Roger Lewin, *Nuestros orígenes: en busca de lo que nos hace humanos* (Barcelona, Editorial Crítica, 1999), 12-14.

7 Carl Sagan y Ann Druyan, *Sombras de antepasados olvidados: Una búsqueda de quienes somos* (Barcelona, Ballantine Books, 1993), 363.

8. *Ibíd.*

9. Edward O. WILSON, “¿Es suicida la humanidad?”, *New York Times Magazine* (30 de mayo de 1993).

Según Jared Diamond, el asombroso avance tecnológico de la especie humana que ha sido denominado “El gran salto adelante” ocurrió hace unos 40.000 años, cuando nuestros antepasados *homo sapiens* crearon herramientas, instrumentos musicales, lámparas y desarrollaron el arte y el intercambio de bienes, dando lugar a la aparición de la cultura. “Si hay un punto en que se pueda decir que nos hicimos humanos, es el momento del salto.”¹⁰ Puesto que la configuración genética de los hombres es muy similar a la de los chimpancés, lo que causó ese avance tuvo que estar relacionado con una minúscula fracción de los genes específicamente humanos. Muchos investigadores, incluido Diamond, creen que el factor crucial tuvo que ser la capacidad de utilizar el lenguaje verbal.¹¹

Otros arguyen que lo que nos hace “humanos” se remonta a dos millones de años atrás, en la época en que nuestros antepasados se extendieron por todo el mundo convirtiéndose en cazadores-recolectores. Según Allen Jonson y Timothy Earle, “el lento crecimiento y dispersión de los cazadores-recolectores humanos sirvió de contexto a nuestra evolución biológica y fue el fundamento de todo el desarrollo cultural posterior”.¹² De manera parecida, Sherwood Washburn y C. S. Lancaster dicen que aunque la revolución agrícola, seguida por la industrial y científica, nos están liberando de las trabas y condiciones que han regido el 99 por ciento de nuestra historia, “la biología de nuestra especie fue creada en ese largo periodo de caza y recolección”.¹³

Barbara Ehrenreich cree también que nuestra “naturaleza humana” fue forjada en esos más de dos millones de años

10. Jared DIAMOND, *El tercer chimpancé: Origen y futuro del ser humano* (Barcelona, Debate, 2007), 32. Montaigne señaló que los animales se comunican mediante gestos y sonidos poco comprendidos por el hombre. “¿Por qué esa traba a la comunicación entre ellos y nosotros, no sería tan atribuible a nosotros como la atribuimos a ellos? Tenemos una comprensión muy mediocre de lo que quieren decirnos; a ellos les ocurre igual, en aproximadamente el mismo grado.” Citado en *Cartmill, View*, 87.

11. DIAMOND, *El tercer chimpancé*, 364.

12. Allen W. JONSON y Timothy EARLE, *La evolución de las sociedades humanas* (Barcelona, Ariel, 2003), 27.

13. Sherwood L. WASHBURN y C. S. LANCASTER, “La evolución de la caza” en Richard B. Lee e Irven DeVore, editores, *Man the Hunter* (Chicago, Aldine Publishing Company, 1968), 303.

durante los que vivimos agrupados en pequeños grupos, alimentándonos con plantas y carroña abandonada por otros animales. No obstante, señala que hemos conseguido borrar enteramente la traumática memoria, no de ser cazadores, sino de ser cazados y devorados por bestias más hábiles que nosotros. Sostiene que nuestros rituales posteriores de sacrificios sangrientos y nuestra propensidad para la guerra y la violencia “ofician y reproducen de un modo aterrador la transición de presa a predador del hombre”.¹⁴

Dice Diamond que lo que impidió a los otros primates desarrollar nuestra habilidad para utilizar un lenguaje verbal complejo “parece implicar la estructura de la laringe, la lengua y una serie de músculos que nos permiten controlar con precisión los sonidos hablados”. Nuestras cuerdas vocales son un intrincado mecanismo que depende del funcionamiento exacto de muchos músculos y tejidos, es por ello que “parece plausible que el factor clave pudo haber sido algunas modificaciones de las cuerdas vocales protohumanas que al darnos un mayor control nos permitieron articular una variedad de sonidos mucho mayor”.¹⁵ La boca y garganta de los chimpancés no están configuradas para el habla; al revés de lo que ocurre con las del hombre, donde de entrada pueden producir varias de las vocales básicas. Por lo tanto, la capacidad expresiva de los chimpancés está limitada a unas pocas vocales y consonantes.¹⁶ En consecuencia, la carencia de “mutaciones que hayan alterado la disposición anatómica de la lengua y laringe” que les ha permitido vocalizar a los humanos, ha arrojado a los chimpancés capturados a los “centros de primates” y a la explotación en los zoológicos y circos, y a la investigación espacial y de laboratorio. Carl Sagan ha hecho la pregunta que parece pertinente: ¿Cuán listo ha de parecer un chimpancé para que matarlo sea considerado un crimen?¹⁷

14. Barbara EHRENREICH, *Ritos de sangre* (Madrid, Espasa Calpe, 2000), 22.

15. DIAMOND, *El tercer chimpancé*, 55.

16. SAGAN y DRUYAN, *Sombras*, 352.

17. SAGAN, *Dragones del edén*, 120.

Ese denominado “Gran salto adelante” que permitió desarrollar la agricultura y la metalurgia, e inventar la escritura y ocupar toda la Tierra a los humanos utilizadores del habla, también les habilitó para explotar a los pobladores “sin voz” del planeta. Dice Diamond que “desde ahí, sólo se estaba a un pequeño paso de esos monumentos de la civilización que marcan la diferencia entre el hombre y los animales. Monumentos tales como la *Mona Lisa* o la *Sinfonía Heroica*; la torre Eiffel y el Sputnik; los hornos de Dachau y el bombardeo de Dresde”.¹⁸ En la lista podía muy bien haber haber añadido los laboratorios de vivisección y las granjas y mataderos industriales.

La domesticación de animales

La explotación de cabras, ovejas, cerdos, vacas y otros animales para aprovechar su carne, leche, pieles y esfuerzo (eso que púdicamente denominamos “domesticación”) empezó hace unos 11.000 años en el antiguo Oriente Próximo, cuando una serie de comunidades empezaron a cambiar de una dieta basada en la caza y recolección a otra apoyada en las plantas y animales colonizados.¹⁹ Durante centenares de miles de años, nuestros ancestros fueron espigadores de alimentos que dependían de la caza, la pesca y la recogida de frutas, verduras, frutos secos, moluscos, larvas y cualquier otro producto salvaje.²⁰

Esa transición al pastoreo y la agricultura fue gradual. Quienes cazaban cabras y corderos salvajes se pegaban a uno de los rebaños que de este modo se convertía en “su”

18. DIAMOND, *El tercer chimpancé*, 32-3; véase también Frederick E. Zeuner, *A History of Domesticated Animals* (Londres, Hutchinson, 1963), 15.

19. Karl JACOBY, “¿Esclavos por naturaleza? Animales domésticos y esclavos humanos” en *Slavery & Abolition: A Journal of Slave and Post-Slave Studies*, vol. 15, 1 (abril 1994), 90.

20. James A. SERPELL, “Sacarse la bestia: Una historia alternativa del humanismo occidental” en *Child Abuse, Domestic Violence and Animal Abuse: Linking the Circles of Compasión for Prevention and Intervention*, Frank R. Ascione y Phil Arkow, ed., (West Lafayette, In., Purdue University Press, 1999), 40.

rebaño, al que seguían y explotaban. Como los animales jóvenes son más fáciles de capturar y domesticar, los primeros pastores empezaron por matar a los ejemplares adultos que les protegían, a fin de poder atrapar a los animales jóvenes y apartarlos de su hábitat y comunidad naturales. En el proceso de cazar animales para aprovechar su carne y explotarlos para obtener su leche, pieles o esfuerzo, los primeros protopastores aprendieron a controlar su movilidad, dieta, crecimiento y proceso reproductivo a través del uso de la castración, maneras mecánicas de controlar su movilidad, marcado al fuego o con cortes en las orejas, y artilugios como los delantales de cuero, los látigos, los pinchos y, finalmente, los collares y las cadenas.²¹ “Los animales han pagado por su domesticación con su libertad evolutiva”, dice Desmond Morris. “Han perdido su independencia genética y ahora están sujetos a nuestros caprichos y modas de cría.”²²

Para obtener el tipo de animales que más se ajustaban a sus necesidades, los protopastores aprendieron a matar o castrar a la mayor parte de machos para así asegurar que sólo los “seleccionados” preñasen a las hembras.²³ Los animales macho también fueron castrados para hacerlos más gobernables, como explica Carl Sagan:

Los toros, caballos y gallos son transformados en bueyes, potros capados o capones, simplemente porque a los hombres les incomoda su machismo; ése mismo espíritu que los castradores glorifican en ellos mismos. Un par de rápidos movimientos con una cuchilla o la hábil mordida de una pastora de renos same, y los niveles de testosterona se hacen bajar a un nivel manejable durante el resto de los días del animal. Los humanos

21. Jim MASON, *An Unnatural Order: Why are we Destroying the Planet and Each Other* (Nueva York, Continuum, 1997), 122; JACOBY, “¿Esclavos por Naturaleza?”, 92.

22. Citado en Peter J. UCKO y G. W. DIMBLEY, ed., *The Domestication and Exploitation of Plants and Animals* (Chicago, Aldine Publishing Company, 1969), 107.

23. Ídem, 122-123. La castración de todos los machos excepto aquellos especialmente seleccionados para procrear fue el principio que animó los programas de esterilización y *Lebensborn* nazis que se han analizado en el capítulo 4.

quieren que sus animales domésticos sean sumisos y fácilmente gobernables. Lo único que nos interesa es disponer de los suficientes para engendrar una nueva generación de cautivos.²⁴

El modo que utilizan los ganaderos actuales para controlar sus cabañas nos da una visión de los métodos probables a los que recurrieron los primeros pastores para gobernar sus rebaños. La castración continúa siendo la piedra angular de la cría de animales en cautividad. Los nuer africanos seleccionan para la cría a los mejores terneros de sus vacas lecheras más fértiles y castran a todos los demás. Eso deja a un solo ternero semental intacto, cada treinta o cuarenta animales mutilados. En el Norte de Escandinavia, los same castran a la mayoría de los renos de sus rebaños y los utilizan después como animales de tiro o de transporte. Los tuang castran a sus camellos porque así les crece más la giba, duran más como animales de monta y son más fáciles de controlar que los sementales en celo.

La mayoría de veces, en el caso de vacunos, caballos, camellos o cerdos, los pastores abren el escroto y extraen los testículos. Los pastores africanos utilizan un cuchillo o la hoja de una lanza, mientras que los de Nueva Guinea, para castrar a los cerdos, recurren a un cuchillo de bambú. Algunos pastores destruyen o dañan los testículos de sus animales sin extraerlos. Uno de los métodos más corrientes consiste en estrangular el escroto con una cuerda hasta que los testículos se atrofien. Los same suelen inmovilizar al reno, y tras envolver su escroto con un trapo muerden y mastican los testículos hasta triturarlos. Los sonjo tanzanos castran a sus cabras a los seis meses de edad, estrangulando el escroto con la cuerda de un arco y machacando luego los testículos con un artilugio de piedra. Los masai aplastan los testículos de sus machos cabríos entre dos piedras planas. Los pastores raramente controlan la reproducción actuando sobre sus animales hembra. No obstante, los tuareg beréberes del Sahara a veces insertan

24. SAGAN, *Los dragones del edén*, 230.

una piedra pequeña en el útero de las camellas que utilizan como monturas, porque creen que eso las hace galopar con más suavidad.

Los pastores actuales manipulan la época reproductiva de sus rebaños para asegurarse de que su carne y leche estarán disponibles en el momento del año que más les conviene. Los pastores kazak de Asia controlan la reproducción de sus machos cabríos colocándoles delantales de cuero, y los tuareg hacen lo mismo rodeando el prepucio con una cuerda que luego atan al escroto.²⁵

Para explotar a los animales hembra y aprovechar su leche, los pastores han ideado varias maneras de impedir que sus crías se amamenten. Como para que la vaca empiece a dar leche normalmente hace falta que los terneros estén cerca de ella, los nuer, los basuto y los tuareg dejan que las crías empiecen a mamar, pero una vez ha empezado a fluir la leche, las apartan y ordeñan el resto de leche para utilizarla ellos.

Si el ternero o la ternera mueren o si deciden sacrificarlo, obligar a la madre a ceder su leche se complica un poco. Algunos de esos pastores despellejan al animal muerto y rellenan la piel con hierba o paja y presentan el muñeco a la vaca. Los nuer mojan la piel del muñeco con orina de la madre para darle un olor familiar. Los rwala a veces matan una cría de camello al nacer para comérsela, y con su sangre embadurnan a otra cría y se la presentan a la camella que parió a la otra. Los vaqueros del norte de Inglaterra solían tapar una mecedora con la piel de un ternero muerto y luego hacían oscilar el artefacto contra las ubres de la vaca. En el África Oriental los pastores activan el reflejo de expulsión de la leche estimulando manualmente su conducto genital o insuflando aire en la vagina del animal.

25. B. A. L. CRANSTONE, "Cría animal: Las pruebas etnográficas" en UCKO y DIMBLEBY, *Domestication and Exploitation*, 254-258.

Otra de las maneras que los pastores utilizan para impedir que las crías se aprovechen de la leche que les corresponde consiste en convertir el amamantado y succionado en algo difícil y doloroso. Los nuer atan una corona de espinas alrededor del testuz de las crías, con lo que éstas no pueden acercarse a las ubres de su madre. Para impedir que las camellas amamanten a sus crías, los rwala insertan un palo puntiagudo debajo de las ventanas de la nariz de las crías para que no puedan acercarse a la camella. También suelen atar a las ubres una bolsa o red normalmente confeccionada con pelo de cabra, de modo que a la cría le sea imposible amamantarse. Los same embadurnan las ubres de las hembras de reno con excrementos a fin de ahuyentar a las crías.

Los tuareg introducen un palo hasta el fondo de la quijada de sus terneros, como si fuese un freno, y luego lo atan a los cuernos para que no pueda amamantarse. Para obtener el mismo resultado, perforan la mejilla de los cabritillos con una estaca. Otro método utilizado por los tuareg consiste en perforar con un palo bifurcado el tabique nasal de los terneros para que les duela cuando se amamantan. Para mantener alejadas de la camella a las crías, los tuareg perforan sus labios superiores y les insertan por el orificio una raíz cuyos extremos luego atan entre sí. Esto hace que cuando intentan amamantarse la operación resulta dolorosa para la madre y extremadamente difícil para la cría. Los tuareg también rebanan el morro de las crías de camello y de los terneros para que no puedan alimentarse.²⁶

Los pastores restringen el movimiento de sus animales, sea para impedir que copulen o para evitar que se alejen demasiado cuando pacen o durante una pausa, si están siendo utilizados como bestias de carga o de tiro. Los tuareg “lisian” a sus carneros, atándoles las dos patas de un lado para que no puedan andar. Hacen lo mismo con las crías de camello para que no puedan acercarse a sus madres. Los gonds de Madhya Pradesh colocan un gran zueco de madera en una pata de sus vacas para que no puedan alejarse de la manada.

26. Ídem, 256-258.